

El verdadero tantrismo budista e hindú

King, Francis

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

King, F. (1991). El verdadero tantrismo budista e hindú. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(143), 110-115. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.143.51945>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

debamos pagarla con nuestro dolor y el deseo de complacerse en el dolor de él. En toda pareja hay un verdugo y un torturado, y casi siempre el que atormenta no goza y el que es castigado es feliz. El amor está de tal manera circunscripto a lo imposible que destruye lo que quiere crear y da lo que quiere quitar.

Al igual que el absoluto, del que es sinónimo, es un antes y un después: jamás certeza del presente. Lo único soportable que tiene el amor es el deseo naciente y el recuerdo lejano. Surge del deseo y el deseo transfigura al amado y a la amada: toda la gracia, el poder, la dulzura del amor, pertenecen a este tiempo de preparación y de distancia, cuando cada uno es para el otro un misterio o un espejo para recrearse en su propia belleza. Ni bien el deseo es satisfecho, viene la tristeza, el desencanto, el remordimiento: comienza el fin. Y cuando el amor ha terminado y está lejano, y se recuerda sólo la belleza del principio, la ilusión de la victoria, el delirio de la embriaguez sexual, entonces experimentamos más gozo —pero es el gozo de la memoria que contempla nuestra sustancia. Lo mejor del amor se reduce a una angustiosa promesa de felicidad y a una añoranza dulce de la felicidad jamás gozada.

Sólo el indefinido amor al amor —amor no comenzado o amor ya muerto— nos ofrece un resarcimiento del suplicio guerrero.

Y esta compensación es concedida sólo a las almas lo suficientemente grandes para ser dignas de infelicidad. Y son las menos. En la mayoría el amor es juego de compartida lujuria o desviación del orgullo, o insaciada curiosidad por lo nuevo, o imitación, sugestión, simulación de buena fe.

El amor tiene sus raíces en la animalidad y su meta en lo absoluto, y no es sino una vana contorsión para liberarse de la carnalidad y convertir en verdad lo imposible. Por eso es una batalla en la que todos son vencidos, un odio que el perdón excita, un encuentro que duplica la soledad, una agonía de la que nacen nuevas vidas. Sólo quien lo acepta como castigo tiene en premio el presentimiento de un orden más elevado de amor, amor a todas las criaturas y a su supremo Principio.

Papini, Giovanni,
Informe para los hombres,
Buenos Aires,
Ed. Sudamericana, 1980.

EL VERDADERO TANTRISMO BUDISTA E HINDU

Francis King

En el Tibet precomunista se contaba una extraña historia acerca del quinto Dalai Lama. El “Quinto” que murió *circa* 1680, fue único entre los Dalai Lamas en que era un libertino, un golfo y un mujeriego notorio. Hasta hace poco las canciones de amor que escribió eran aún populares entre la gente del Tibet, y en Lhasa, ciertas casas, donde según la tradición había tenido reuniones con una u otra de sus amantes, estaban marcadas con un misterioso signo rojo y eran sometidas a una veneración furtiva y oficiosa.

Dice la historia que el Dalai Lama estaba en una de las terrazas superiores de su

palacio. Estaba siendo increpado por sus consejeros, a los que su inmoralidad sexual no agradaba en demasía.

“Si, es cierto que tengo mujeres —admitió—, pero vosotros, que encontráis falta en mi conducta, también las tenéis, y la copulación para mí no es lo mismo que para vosotros”.

Caminó entonces hasta el borde de la terraza y orinó por encima. Por la fuerza de la gravedad el arroyuelo de orina fluyó de terraza en terraza, alcanzando finalmente la base del palacio. Entonces, milagrosamente, volvió a ascender por las terrazas, se aproximó al Dalai Lama y se introdujo de nuevo en la vejiga de la que había salido.

Triunfalmente se volvió hacia aquellos que le habían estado molestando: “A menos que seáis capaces de hacer lo mismo —dijo— tendréis que daros cuenta de que mis relaciones sexuales son diferentes de las vuestras”.

El significado interior de este cuento queda ilustrado por otra historia, en este caso referida a Marpa, que floreció en el siglo XI d. de C., y fue el maestro del gran yogui tibetano Milarepa. Marpa quería asegurarse de que un discípulo casado suyo se convirtiera en el padre de una criatura que pudiera ser el vehículo físico de la encarnación de un gran maestro lama. Con este fin Marpa dio, en primer lugar, una iniciación especial tanto al discípulo como a su esposa, después de la cual la pareja inició, por separado, un prolongado retiro religioso, durante el cual se llevaron a cabo diversos rituales y fueron invocados los Bodhisattvas y solicitada su bendición a la operación.

Al final del retiro se les dio una nueva iniciación a ambos, al cabo de la cual se retiraron al oratorio privado de Marpa. Aquí Marpa se sentó en un trono con su propia mujer, la semidivina Dagmedma, a su lado, mientras a sus pies yacía la pareja recién iniciada, retorciéndose en una silenciosa copulación. Al llegar el orgasmo el esperma fue recibido por Marpa en un cuenco plano de hueso, la bóveda de un cráneo humano —un tipo de recipiente utilizado aún en ciertos ritos tibetanos— y lo mezcló con ciertas hierbas mágicas, hecho lo cual fue bebido por el discípulo y su esposa.

Estas dos historias reflejan las prácticas sexo-yóguicas del Tantrismo budista e ilustran también la principal diferencia no teológica entre el Tantrismo budista, por una parte, y el Tantrismo hindú y jaina, por otra. Porque mientras que el intercambio sexual ritual (real o simbólico) es el acto religioso central en todos los cultos tántricos, existe una considerable variación entre la técnica hindú y la budista; en los ritos hindúes, el acto sexual culmina con la eyaculación del practicante varón en la vagina de la hembra, mientras que en los ritos budistas el semen queda retenido por el varón y no hay eyaculación. Así un texto budista instruye al adepto en que “debe introducir el *Vajra* en el *padma*, pero que debe retener el *bodhicitta*”. Esta frase es un buen ejemplo del código en el que están escritos la mayor parte de los tratados sexo-yóguicos; la traducción literal de *vajra* es rayo, la de *padma* loto, y *bodhicitta* significa la luz o iluminación, pero aquí, las palabras significan, respectivamente, pene, vagina y semen. Una variación de esta técnica de retención seminal ha sido utilizada en ocasiones. En esta variación la eyaculación tenía lugar pero el semen era entonces reabsorbido por el varón a través de la uretra. Para el lector occidental semejante práctica puede parecer fisiológicamente imposible, pero existe cierta evidencia de que esta improbable hazaña ha sido llevada a cabo y desde luego la técnica se enseña en varios tratados del hatha-yoga, aprendiendo el novicio el control muscular necesario absorbiendo bien agua o bien leche por medio del canal uretral. Es cierto, por supuesto, que el semen reabsorbido de semejante manera hubiera entrado en la vejiga y no, como al menos algunos adeptos tántricos parecen haber creído, en los testículos. Parece

probable que al quinto Dalai Lama le había sido enseñada esta técnica y que la historia de su milagrosa micción era una representación simbólica de la reabsorción seminal.

Los orígenes del Tantrismo están envueltos en la incertidumbre. El nombre en sí deriva de los *Tantras*, trabajos literarios que exponen varios sistemas esotéricos de budismo e hinduismo. Estos tratados se ocupan prácticamente de todos los aspectos del pensamiento esotérico religioso-mágico; hay *Tantras* que se ocupan de la astrología, de la construcción de los diagramas místicos llamados mandalas, de la preparación de ingredientes rituales, etc.¹ A pesar de la naturaleza heterogénea de sus contenidos, la forma de los *Tantras* sigue habitualmente unas rígidas convenciones literarias. Casi siempre comienzan con una conversación entre dos deidades; la una le hace una pregunta a la otra, la otra se niega a contestar, la primera ruega de nuevo la respuesta a su pregunta. Eventualmente, la deidad inquisitiva se sale con la suya y el *Tantra* asume la forma de una respuesta a lo que ha sido preguntado —antes de esto, no obstante, hay habitualmente una buena dosis de grandiosidad oriental, con el dios diciéndole que la información que está a punto de revelar jamás ha sido divulgada anteriormente, que tan sólo está a punto de revelarla a causa de la admiración de la veneración que profesa al que le pregunta, y cosas así.

Los académicos han estado, y probablemente siempre estarán divididos, en la cuestión de si el Tantrismo hindú surgió del budista o *viceversa*. El punto de vista más antiguo, hoy sostenido tan sólo por una minoría de académicos, era que el budismo había entrado en contacto con el Tantrismo o algún culto similar y que de una amalgama de conceptos filosóficos y teológicos aportados por el primero y las técnicas sexo-yóguicas derivadas del segundo había surgido el budismo Vajrayana —la escuela más antigua del budismo tántrico—, que, aunque eventualmente, se extinguió en su madre patria, la India, sobrevivió con éxito en el Tibet. La teoría más moderna, y hoy en día generalmente aceptada, es que todas las escuelas hindúes que utilizaban simbolismos de polarización sexual derivaban originariamente del budismo.²

* En un sentido real, el problema es insoluble. Tal vez, como ha sido sugerido por Sh. Dasgupta, ni el budismo ni el Tantrismo hindúes surgieran el uno del otro —aunque parece haber pocas dudas de que los *Tantras* budistas más antiguos son cronológicamente anteriores a los más antiguos *Tantras* hindúes que se conservan—, sino que ambos surgieron de un culto religioso sexo-yóguico de la antigua India, manifestándose este culto como Tantrismo budista al entrar en contacto con la filosofía budista, y como Tantrismo Saiva y Shakta al asociarse con las especulaciones religiosas de los Saivas y los Shaktas.

La filosofía de todas las escuelas del Tantrismo ve tanto al universo, el macrocosmos, como al mismo hombre, el microcosmos, como compuestos de dos aspectos opuestos —macho y hembra, estático y dinámico, negativo y positivo³— y mantiene

¹ A pesar de la baja reputación que los hindúes ortodoxos atribuyen a los *Tantras* —en general los consideran no sólo heréticos, sino “sucios”—, de hecho, los pasajes eróticos sólo constituyen del seis al siete por ciento del volumen total de los textos tántricos.

² Para encontrar una interesante variante de esta última teoría véase el capítulo octavo del brillante *Tantric Tradition*, de Aghananda Bharati.

³ Existe una importante divergencia entre los *Tantras* budistas e hindúes con respecto a la naturaleza de los principios. Los *Tantras* hindúes consideran a la hembra el principio activo, mientras que los *Tantras* budistas asignan este papel al varón. Cosa misteriosa, la iconografía budista tibetana parece pasar por alto su propia postura filosófica, ya que en los famosos iconos *yab-yum* (que muestran a un dios y una diosa realizando un intercambio sexual de naturaleza yóguica) la hembra, que está claramente moviéndose enérgicamente, está sentada a caballo sobre el varón, estando éste en una posición que hace imposible el movimiento.

que la existencia de estos opuestos en estado de dualidad es la fuente de toda tristeza, dolor, cambio y sufrimiento. El objeto de toda empresa religiosa debería ser, así se cree, la liberación de esta dualidad y una vuelta a un estado de absoluta no dualidad.

El Tantrismo hindú ha llamado al principio viril, esto es decir, al negativo, al pasivo *Shiva*, y al femenino, dinámico *Shakti*. En el cuerpo humano (que, como en el ocultismo occidental es considerado un microcosmos, un universo en miniatura) se considera que los dos principios están particularmente asociados a dos de los chakras —los centros de fuerza psicoespiritual, que tan importantes son en la fisiología esotérica del yoga—. Se considera que *Shiva* vive en el Sahasrara chakra, el “loto de mil pétalos”, supuestamente situado en la coronilla, mientras que *Shakti* está asociada con el Muladhara chakra, que se supone que cubre el perineo y la base de la espina dorsal. La liberación de la dualidad sólo podrá lograrse, así lo creen, permitiendo que *Shakti*, a menudo simbolizada como una serpiente enroscada, se desenrosque, ascienda por los centros psíquicos y se una con *Shiva* en el loto de los mil pétalos.

La teoría del budismo tántrico parece mostrar una similitud considerable. El principio viril —visto aquí como el aspecto activo, fenoménico de la polaridad— habita en la cabeza, y sólo uniéndolo con el principio femenino del vacío, que reside en el ombligo y el plexo solar, se puede llegar a la no-dualidad, logrando así la liberación.

No obstante, no es la teoría de las diversas escuelas tántricas lo importante, sino su práctica sexo-yóguica, y en esto las diversas escuelas muestran una llamativa similitud: al igual que en el mundo occidental las prácticas místicas de George Fox, el cuáquero, y Madame de Guyon, la católica, eran prácticamente idénticas, a pesar de las diferencias teológicas, igualmente las prácticas sexo-yóguicas tanto del Tantrismo hindú como del budista son esencialmente las mismas,⁴ a pesar del hecho de que los primeros creen en la existencia de algún tipo de ego eterno “real”, mientras que los segundos no. En última instancia lo único que tiene alguna importancia real es sólo la naturaleza de las experiencias psicoespirituales vividas, de hecho, por los practicantes tántricos, y nos vemos obligados a considerarlas idénticas, al menos hasta que se dé el hecho improbable de que un tantrista hindú se convierta al budismo (o viceversa) y nos informe sobre el cambio en las experiencias por las que haya pasado. La *única* diferencia fundamental entre el hinduismo y el budismo es que el primero posee una ontología, mientras que el segundo no.

El núcleo central de la práctica religiosa tántrica es el intercambio sexual, ya sea ritual o simbólico. Aquellos que utilizan los ritos en los que se da de hecho la copulación son llamados seguidores del camino de la izquierda; aquellos cuya unión

⁴ A ambos lados de la verja budista-hindú se han hecho afirmaciones de que los miembros de las respectivas fes no se complacen en prácticas sexuales que comprendan la copulación física. Ciertos *pandits* hindúes, por ejemplo, han afirmado que *todos* los Tantras que tratan del intercambio físico han de ser interpretados simbólicamente, y que los que piensen lo contrario son inmorales, malvados y “sucios”. Es una pena que este tipo de estupideces hayan recibido el apoyo de estudiosos occidentales que deberían habérselo pensado dos veces, así, Evans-Wentz, que exhibía una actitud extremadamente puritana hacia el Tantrismo —sin duda resaca de sus años jóvenes como miembro de la Sociedad Teosófica— olvidó hasta tal punto el distanciamiento moral, que es parte tan importante del equipo del estudioso como para referirse a “esos hipócritas que siguen el camino de izquierdas en Bengala y otros lugares”. Incluso el Lama Anagarika Govinda ha afirmado que la sexualidad física no tiene papel alguno en el Tantrismo tibetano, una afirmación que, en su significado literal, es pura y llanamente falsa. Agchananda Bharati ha hecho la ingeniosa sugerencia de que al decir “física” el Lama quería decir “consciencia de física”, en cuyo caso la afirmación probablemente sea correcta, ya que hay ciertas evidencias que muestran que el adepto tántrico adelantado en plena copulación está más o menos inconsciente de lo que ocurre en el plano físico.

es meramente simbólica son llamados seguidores del camino de la derecha. Se han dicho infinitad de tonterías acerca de estos términos, “izquierda” y “derecha”, por parte de ocultistas occidentales, que, siguiendo la errónea interpretación de ellos debida a H. P. Blavatsky, han intentado adosarles una significación moral —la transición de “izquierda” a “sinistra” y de ahí a “malo” es fácil de hacer para el europeo—. En realidad los términos no tienen significación moral alguna. Simplemente expresan el simple hecho de que en los ritos que culminan con la sexualidad física, la practicante femenina se sienta a la izquierda del varón, mientras que en aquellos en los que la copulación es meramente simbólica se sienta a la derecha.

Los preliminares para los ritos sexuales del Tantrismo hindú son muy similares a los del culto hindú más ortodoxo, pero estos preliminares vienen seguidos de un tipo de observancia religiosa que resulta tan escandalosa para un hindú ortodoxo como resultaría la misa negra a un católico creyente. “Proclamaré la práctica de la mano izquierda la suprema observancia religiosa de Durga”, dice un texto tántrico, y continúa “siguiendo la cual el adepto adquiere poderes mágicos rápidamente en este Kali-Yuga”. El rosario deberá estar hecho de dientes humanos, el cuenco con la bóveda craneana de un hombre, el asiento de la piel de un adepto, el brazalete de pelo de mujer. Los ingredientes para el sacrificio habrán de estar saturados en vino, uno tiene que tener relaciones sexuales con la esposa del otro, no importa cuál sea su casta. Así es la práctica de izquierdas, que otorga todos los poderes mágicos, descrito, o benigna diosa.

En ocasiones los tantras son aún más explícitos. Así, uno de ellos dice que “aquel que sólo una vez ofrezca un pelo de su *Shakti* en el cementerio se convierte en un gran poeta, un caballero de la tierra y va por el mundo montado en un elefante”. Un comentario acerca de este pasaje explica que el “pelo” quiere decir un pelo púbico con su raíz, que después de la eyaculación haya quedado empapado en semen. Otra recensión del mismo *Tantra* aboga por el consumo físico del semen por parte del varón de la vagina de su pareja.⁵

Los cinco “sacramentos” compartidos por los practicantes de los ritos tántricos se conocen habitualmente por las cinco M. Son *matsya* (pescado), *mamsa* (carne, a menudo buey, prohibido terminantemente en circunstancias normales a los hindúes), *madya* (cualquier bebida alcohólica), *mudra* (esta palabra significa habitualmente gesto ritual, pero en terminología tántrica se refiere a alubias o cualquier grano seco que supuestamente tenga cualidades afrodisíacas) y *maithuna* (relación sexual). Los participantes en el rito toman cannabis (*cannabis indica* que contiene mayor cantidad del alcoloide esencial que el *cannabis americana*, al variedad americana de la misma planta, de la que se deriva la marihuana), pero como preparación para la ceremonia, no como parte de ésta. Probablemente esto obedezca a que, como sugiere Agchananda Bharati, a menos que sea bajo la influencia de alguna droga alucinógena los indios piadosos encontrarían imposible saltarse los tabúes tradicionales y participar de las cinco M.⁶

⁵ Es decir, la pareja femenina en el intercambio sexual ritual.

⁶ A pesar de muchas afirmaciones en sentido contrario hechas por los devotos con inclinaciones puritanas de hoy en día de la Meditación Trascendental y otros cultos religiosos sincréticos de procedencia oriental, no existe duda alguna de que muchos budistas e hindúes primitivos utilizaban drogas sicodélicas como medio para inducir a estados de éxtasis. Es probable que el *soma*, la bebida divina de la literatura védica, fuera una infusión del hongo alucinógeno *amanita muscaria*. En la realidad, la única diferencia entre los estados místicos genuinos y el éxtasis inducido por las drogas, parece ser que los efectos de este último son sólo temporales, mientras que los efectos de los primeros son permanentes.

Después de que los preliminares ortodoxos han concluido viene el consumo de las primeras cuatro M (alcohol, carne, pescado y el fruto seco “afrodisíaco”). Mientras esto se lleva a cabo los practicantes se concentran en la idea de que no son ellos como individuos normales los que están comiendo y bebiendo las sustancias prohibidas, sino la diosa que reside en ellos como el poder de la serpiente enroscada. simultáneamente repiten mentalmente sus mantras personales, ya que cada practicante tántrico tiene su propia y específica palabra mística, que le ha sido dada por el maestro durante su primera iniciación al culto.

El acto sexual ritual comienza con el practicante varón dibujando un diagrama triangular —símbolo de la diosa y del poder de la serpiente, que es su aspecto en el cuerpo humano— sobre su poltrona. Durante algún tiempo el practicante adora a la diosa, proyectando mentalmente su imagen en el triángulo que ha dibujado, y después llama a su compañera. Después de varias purificaciones rituales, la tumba sobre la poltrona y entonces, visualizándose como el dios Shiva y a la mujer como a la esposa de Shiva “ofrece la cara del padre a la cara de la madre”, es decir, copula, repitiendo continuamente varios mantras tradicionales (existe uno especial para cada etapa del acto, incluyendo uno especial para ser recitado en el momento del orgasmo) y concentrándose mentalmente en la idea de utilizar los sentidos como un medio de hacer un sacrificio a la diosa.

Así es la práctica tántrica de izquierdas —como dice un *Tantra*, “con alcohol, pescado, carne *mudra* y mujeres, así debe el gran iniciado adorar a la madre de los dioses”.

King, Francis,
Sexo, magia y pervisión,
Madrid, Ediciones Felmar, 1978.

EL AMOR Y OTRAS FALACIAS

Pienso que el amor es un virus. Yo creo que el amor es un engaño inventado por el sexo femenino. No creo que sea la solución de nada.

William Burroughs.